

El museo deslumbrante

Escribe: FERNANDO ARBELAEZ

— XII —

Más que de su majestuoso teatro, Epidauro será siempre un recuerdo del verde. Del verde en todos sus matices y en todas sus coloraciones. Los árboles, los pequeños bosques, los prados, con su temperatura delicada y con su atmósfera feliz. Para llegar a la gran baraja de piedra, cruzamos un sendero que nos acoge como una verde matriz plena de fragancia y me siento flotar en las aguas amnióticas del olvido. Silencio y verde suavísimo de hojas entretajadas en el sueño. Verde hoja por hoja, repetido en una frase que no se acaba nunca.

En el teatro el guía nos hace disfrutar de todos los trucos acústicos de la famosa construcción que permanece casi intacta: escuchamos desde las escalinatas más elevadas el ruido de un fósforo que raspa en las piedras de la orquesta o el tenue murmullo de su voz. Algo increíble, es como el goce físico de la sabiduría del hombre y de su capacidad constructiva. Después, nos habla del número de semicírculos que forman el edificio, de sus proporciones, de su armonía, de la época en que fue construido, de los metros que tienen las distintas distancias, de Polyklete el joven, el famoso escultor y arquitecto argivo que lo construyó. Su discurso, claramente memorizado en un inglés lento, resuena por las espléndidas escalinatas con cierto apagado misterio. Recorreremos luego el gimnasio, el estadio, los templos de Artemisa y de Esculapio, y los propileos en donde está aquella inscripción que nos descifra con solemne teatralidad: "Quien aquí entra debe estar puro. La pureza es tener sagrados pensamientos".

Juan consulta permanentemente su reloj, es necesario partir, desgarrarse casi de aquel sagrado recogimiento, de aquella saludable tranquilidad de los bosquecillos cuidadosos y frescos, de aquel maternal abrazo de la naturaleza con sus malvas lejanos.

Después regresamos a la llanura de Argos, al gran valle dorado, quemado, al gran valle pardo de donde partieron los guerreros, una de cuyas cimas está coronada con las ruinas de la Micenas de oro. Sin duda alguna fue emocionante contemplar La Puerta de los Leones, tantas veces vista en los libros y la gran muralla que construyeron los cíclopes. Un sacerdote francés es el único visitante que encontramos en la acrópolis y él es quien muy bondadosamente hace de fotógrafo con nosotros. Luego, la inspec-

ción de las tumbas de Clitemnestra y de Agamenón, construídas en forma de colmena y resonantes. Recordé mucho lo que Henry Miller dijo del piso de estas tumbas: "da la impresión de que estamos parados sobre una brújula". Exactamente. No hay otra forma de explicar esa sensación extraordinaria que se siente al oír cómo repercuten nuestros pasos en las paredes, en aquella atmósfera que el sonido hace casi viva. Sobrecoge en la penumbra experimentar esos estremecimientos que nos vienen de un yerto pasado del cual apenas tenemos la melodía de unos versos. Jamás me pareció el testimonio del poeta tan unido a esta experiencia escalofriante del paso del hombre y de la voluntad de éste de permanecer a través de los siglos. El aire enrarecido nos aleja de las piedras que se adivinan en la oscuridad como la piel de un murciélago.

Pienso en hacer un canto a Helena, en dividir y cortar sus rostros con la historia, con los acontecimientos guerreros, con la furia del corazón a lo largo de tantas épocas. Pienso en ese mito que armó las curvas naves contra la ciudad en el otro lado de la gran marea púrpura, del vinoso mar que nos ha hecho soñar tantas veces. Pienso, pienso, en muchas cosas inútiles, en los acontecimientos de la vida, en todo lo que se puede atar a la vieja inspiración, pero nada resulta material hilable en un discurso, o en el anverso de un poema. Hay algo que nos acosa y que nos obliga regresar. Juan necesita volver a Atenas y en el rostro de mi amiga he descubierto una urgencia, que trato de explicarme por simples motivos de cansancio. Pero, sin duda alguna, hay algo más. Hoy he presentido que va a mi lado con media existencia, o apenas con una parte de ella; el resto está en otro lugar que me tortura.

La tarde se recuesta sobre las columnas de Corinto cuando llegamos, y las perfila con un dorado intenso que refulge en todo el airoso bosque de mármol. El cansancio y el vértigo nos persiguen: apenas si logramos adquirir en la puerta de salida unos paquetes con las famosas uvas pasas de la tierra, sin embargo, Juan nos permite pasar a pie por el puente que cubre el canal del istmo. Abajo está el agua con su azul purísimo que une el mar con el golfo y una pequeña nave que boga dulcemente en la quietud.

Megara, Eleusis, Atenas. Hace frío y empieza a llover cuando llegamos a la ciudad. De repente se me revela toda su tristeza. El otoño está pisando nuestros talones con su oscuro repique y el cielo se enmascara con el sucio sudario. Gentes vestidas de negro se apresuran por las avenidas con sus torrentes de alas sombrías entre las charcas y los paraguas. Helena quiere que lleguemos cuanto antes a Sintágmatos antes de que cierren las oficinas del American Express; dice que tiene que recoger su correspondencia. Logramos llegar a tiempo. Cuando desciende del automóvil, la lluvia hace un antifaz con la angustiosa satisfacción de su rostro.

—Es algo que me desagrada mucho —me dice al regresar— pero espero que seas razonable. Tengo, tengo que hacerlo. ¿Quieres dejarme en el Hilton?

Ella sabe muy bien que mi residencia es el modesto Pan Hotel de la Calle Mitropoleos Othonos, y que a pesar de mi asombro no voy a armar una discusión por lo que dice. Le respondo simplemente, con una voz insegura:

—Como tú quieras.

—Te he hablado de Asmin... ¿No es cierto?

—No recuerdo.

—El muchacho que estaba empleado en nuestra embajada de Beirut. ¿Recuerdas que te dije que salí con él muchas veces? Me prometió venir a Atenas para hacerme una visita y estará aquí dos días. ¿Comprendes lo que ha hecho... venir desde el Líbano nada más que para verme? Tienes que ser razonable y entender que no lo puedo dejar plantado. Quiero poner en claro algunas cosas y necesito estar con él estos días. ¿Comprendes? Son dos días nada más. Después nos vamos para las islas. Tienes que ser razonable. Todo es tan increíble pero mira el cable.

Cuando nos despedimos en la puerta del Hilton me da un beso en la mejilla y dice con una voz que quiere borrar la lluvia:

—Te voy a telefonar. ¿Sabes cómo se dice en griego te amo? *The agapó*.

Yo tengo que reír cuando Juan deja las maletas en mi hotel: creo que ha entendido casi todo y siente una verdadera conmiseración por mí. Es tanta la tristeza que hay en su rostro que pienso que se puede poner a llorar de un momento a otro. Con la más larga de mis sonrisas le repito innumerables veces: "*Poli kaló, efcaristó parapolí*". Muy bien, muy bien, muchísimas gracias.

Kirios Yorgos está en la recepción y me saluda por mi nombre, con una efusión que me deja impresionado. Una efusión que desborda torrencialmente sobre los pocos huéspedes que le restan. Es algo para la noche que me espera. Me muevo maquinalmente hacia el ascensor. En el cuarto abro la ventana y me doy cuenta de que ha dejado de llover. Destapo una botella de Metaxas que me acompañará hasta altas horas esa noche.

Al día siguiente conocí a Cayetano Cantún en la recepción del hotel. No recuerdo cómo, pero por cierta misteriosa simpatía descubrimos que los dos hablamos el mismo idioma. Es mexicano y hace unos pocos días que ha llegado a Atenas para permanecer dos años con una beca. Ya empezó sus cursos en la universidad. Por él he sabido lo de los dos idiomas del griego moderno: el *katereusa* y el *demotikí*. El idioma de los académicos, de los libros profesorales, de algunos periódicos y el idioma del pueblo que es, naturalmente, el de los buenos escritores.

—Algo que tienen que resolver los griegos cuanto antes. Esto es un verdadero problema, especialmente para los extranjeros que estamos estudiando el idioma. Sucede que lo que nos enseñan en la universidad no nos sirve para entendernos con las gentes.

—En todas las lenguas existe más o menos la misma dificultad, le digo. Siempre hay un idioma cántaro, purista, ampuloso, académico, hueco y otro, el verdadero, el de la poesía y del pueblo, el de la realidad.

—Pero nada comparable a lo que existe en griego. Esto ya lo he conversado con otros alumnos y con algunos escritores. A propósito, ¿sabes dónde se reúnen los escritores en Atenas? En un café donde no hay asientos, el *Brazilian*.

Cayetano es alto y distinguido, podría pasar por un griego; es tímido, pero esta circunstancia no le impide hacer amigos con cierta facilidad. Encuentro ciertas afinidades con él a pesar de su juventud y de su talento literario, que es explicable en una persona que acaba de terminar su carrera de humanidades. Se encuentra feliz y en el colmo del entusiasmo con Grecia. Tiene amigos que compartiremos más tarde. Y conoce a Mynas. Esta circunstancia lo pone al lado de mi corazón.

Al medio día tengo mi recepción en el Foyer des écrivants de la Grèce. No es una perspectiva confortante. Mientras es hora, vago por las calles como un fantasma, vacío, sin capacidad para llegar a ser; lo único que denuncia mi existencia, es mi propia pasiva condición frente al tormento. Víctima de estas miserables luchas de la vida cotidiana y repitiéndome a cada instante que nunca hay una segunda vez. Todo lo que hago me parece sospechoso. No tiene consistencia.

En el Foyer, encuentro para mi felicidad a Julia Iatridis que me presenta y hace generosos elogios sobre mi persona. Ahí está mi amigo Xefludas rodeado de personas de edad, muy serio y muy engreído en su papel de escritor. Doña Julia me relaciona con Aris Diktaeos quien inmediatamente llama mi atención. El ágape no es solo para mí: comparto los honores con un helenista polaco, alto, fornido y calvo que, según me dicen, habla el griego como su propio idioma. No encuentro forma de comunicarme con él después de un corto saludo en francés. Su rostro exuda erudición. Sirven café, confituras y jugo de naranja.

Con doña Julia y Diktaeos hacemos una reunión aparte. En realidad me siento incómodo a pesar de la amabilidad y de las sonrisas de todo el mundo. Se habla fluídamente el francés porque, de vez en cuando, me tomo mis libertades para hablar español con doña Julia. Aris no me propone temas literarios, discurre sobre cosas frívolas y me confía, entre otras, que su gran debilidad es coleccionar corbatas. Ahora luce una de color azul atroz. Yo, celebro su gusto y lo felicito. Doña Julia me ha dicho que él es uno de los mejores críticos de Grecia y un poeta excelente. Me doy cuenta de la finura de su ingenio por las observaciones que hace. Se excusa conmigo por el ambiente aburrido.

—No me parece. Veo que discuten con mucho entusiasmo.

—¿De qué cree usted que están hablando?

—No, no acierto a comprender.

—De política. No se si usted se ha dado cuenta de que estamos en una época preelectoral y las campañas han sido muy fuertes. Es posible que caiga el gobierno. Aquí tenemos el problema: izquierdas y derechas. ¿Cómo es en su país?

—Lo mismo.

—Pero le ponen ustedes también tanta vehemencia a la política. Si viera a nuestros oradores. Hay que oírlos, es algo extraordinario. Qué demagogia y qué tontería. Valdría la pena de que usted conociera el idioma para que se diera cuenta de esta vergüenza. No podemos hacer nada.

Aris está desolado, lo invito a almorzar y esto facilita mi salida. Vamos a un restaurante caro, para turistas. No creo que mi compañero esté muy cerca de los cincuenta años; a pesar de su calvicie tiene un aire juvenil, alegre. El pelo que le resta en las sienes muestra unos tonos bronceados, muy exagerados para ser naturales. Pero esto es una simple suposición mía, como también lo es la que me sugieren sus modales demasiado medidos y su hablar afectado.

—Primero la vida y después la literatura. ¿No es cierto? Creo que con esta premisa nos entendemos. —Dice—.

—Desde luego.

Ordenamos un almuerzo sustancioso y una botella de vino que suelta la vena maledicente de Aris. Fue cuando le comenté de la famosa orden de "los cinco" de que me hablara Xefludas. Los cinco grandes escritores del país.

—¡Bah! Los imbéciles. Es una orden que se inventaron para ellos mismos y ellos son los únicos que se la creen. Lo mismo que el Foyer, todo cretino que escribe un libro de versos se siente con derecho a pertenecer a la asociación. Y, ¿por qué no? Los otros son igualmente mediocres. Escriben sobre ellos y se celebran. Pero ni siquiera se divierten con eso, lo hacen con toda seriedad.

La conversación fluye fácilmente y de un momento a otro estamos hablando de Henry Miller y de su **Coloso de Marusi**.

—Es un libro muy exagerado. Se escribió hace más de veinte años y me parece que Miller tiene sus buenas razones para no haber permitido que lo traduzcan al griego. Creo que Prevelakis anda ahora haciendo tratos para eso. Usted lo ha leído. ¿Cree que sea esa la realidad de Grecia? Lo que se llama realidad...

—No se lo puedo discutir. Pero me parece un libro hermoso.

—Hermoso, sí. Pero la realidad. Hay mucha palabrería. Yo soy cretense y nosotros somos gentes de pocas palabras y de poco entusiasmo. Tal vez porque nos ha tocado pelear toda la vida por nuestra independencia. Miller, muchas palabras...

Después del almuerzo Aris me invita a visitar su oficina en una editorial de la Calle de la Academia dentro la cual dirige la sección literaria, en la que se publican traducciones de la gran literatura universal y en la que se presentan los mejores escritores griegos de nuestro tiempo.

Saboreando una tasa de fuerte café turco hablamos un largo rato de Seferis que pocos días después recibió el Premio Nobel.

—Seferis es un buen discípulo de Eliot. Es todo.

Después de otorgado el galardón Diktaeos me amplió sus apreciaciones sobre el poeta. Esto fue al día siguiente de mi regreso de Myconos y es una historia muy interesante.